

CARTILLAS DE  
DIVULGACION ECUATORIANA  
Nº 50

*Atahualpa, Rumiñahui,  
Benalcázar*

JORGE SALVADOR LARA



EDIT. CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA — QUITO — 1987

PRECIO S/. 2.00

SECCION DE HISTORIA Y GEOGRAFIA  
DE LA CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA

---

JORGE SALVADOR LARA

*Atahualpa, Rumiñahui,  
Benalcázar*

(Tríptico épico a propósito del 6 de Diciembre)



EDIT. CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA — QUITO — 1987

## I

Dice don Antonio de Herrera y Tordesillas, Cronista Mayor de las Indias, en su "Historia General de los Hechos de los Castellanos en las Islas y Tierra Firme del Mar Océano", que es "la ciudad de San Francisco del Quito a donde nació Atahualpa, Emperador del Perú". Que el grande Inca-shiri es quiteño, el mismo Atahualpa lo confesó, según nos lo relata, por su parte, el cronista Oviedo y Valdez. Y aunque cinco lugares se disputan el honor de ser su cuna, tal como ha ocurrido con los grandes personajes de la historia, un Homero, por ejemplo, o un Cristóbal Colón, las palabras textuales de Atahualpa zanján en forma terminante la discusión, originada en equívocos acogidos por unos pocos cronistas. La mayor parte, empero, de éstos, están, acordes en que Atahualpa es quiteño. Así lo ha comprobado, en luminoso estudio, Pío Jaramillo Alvarado, que menciona citas de veinte cronistas castellanos de Indias y de varios historiadores, inclusive dos eminentes peruanos, como González de la Risa y Riva Agüero.

Mas aunque victorioso en la guerra contra Huáscar, Atahualpa, puesto ya en la cumbre de su poder, no pudo gozar de su ciudad nativa. Salió de ella para afrontar los avatares de la lucha fratricida que le había promovido su hermano Huáscar, pero jamás pensó que volvería solamente su cadáver. ¿Quién podía imaginar entonces la tragedia de Cajamarca, el drama del rescate y la iniquidad de la ejecución ordenada por Francisco Pizarro, tras un juicio que los propios teólogos y juristas de la ínclita España condenaron?

Obligado, pese a su repugnancia, a la guerra a que le desafiara Huáscar, en la que hasta el último instante no quiso participar, inva-

didadas sus tierras por Atoco, en nombre del Cuzco, el deber de Atahualpa era animar a sus tropas a combatir. Todos sus ejércitos se reunieron, allí mismo donde su padre había tenido su campamento militar, en la gran planicie existente entre el Panecillo y las ciénegas de Turubamba, residuo de la gran laguna que allí había hasta la época de los Shiris, lugar que, cosa curiosa, hasta hoy está vinculado a la vida castrense con los modernos cuarteles del Yaguachi, el Pintado y el Epilachima. También concurrió una gran multitud a la revista que el monarca había de pasar a sus tropas. "No quedó persona en seis leguas en contorno que allí no viniese", cuenta Cabello Balboa. Los caciques, curacas y orejones se trasladaron a Quito para acompañar a Atahualpa desde su Palacio a Turubamba. La gran explanada de acceso al Cápac Huasi, es decir la misma plaza de San Francisco de hoy, la Hatun Cancha de aquellos días, se llenó con el concurso de gentes y Calicuchima aprovechó entonces de la circunstancia para dar a conocer al soberano el apoyo general a su causa. "A nosotros los que jamás temimos armas —dijo— mal nos podrían poner miedo palabras"; aludiendo así a las amenazas de Atoco. Salieron en seguida, en desfile triunfal, Atahualpa en sus andas de oro, llevadas a hombros por los orejones, mientras los cápac-rijsi iban barriendo el suelo por donde debía de pasar y entonando loas para que todos supiesen que se acercaba el "Señor Universal"; y las mujeres, colocadas en la calle real, le arrojaban pétalos de flores. Recibidos por el Vilac-Umu, el gran sacerdote, subieron al templo del sol y ofrendaron los sacrificios rituales, y desde la cima del Panecillo bajó el inca directamente a Turubamba, donde tuvo lugar el acto final de aquella manifestación de enardecido patriotismo. Algún día, en la cima del Panecillo que da sobre la Magdalena, se levantará el monumento a Atahualpa, mientras en la parte que mira a la ciudad incaica y castellana el monumento a Nuestra Señora de Quito impondrá las bendiciones del Altísimo.

Calicuchima, el general en jefe de las tropas —los cronistas le llaman, indistintamente, Caracuchima, Chilicuchima, Chiricuchima, como lo recuerda Pomras Barrenechea— arengó en aquel día a los soldados con las célebres palabras que el cura Cabello Balboa transmite: "Pelead como varones —les dijo— que en la defensa de vuestra tierra peleáis.

Apercibíos, hermanos, con varonil denuedo, no a morir sino a vencer, no a huir sino a avanzar, porque el que es cobarde, en su propio escondrijo halla la muerte, y el valeroso, con hacerle rostro, la espanta". Añade el cronista que "le cortaron el hilo con una confusa y bárbara vocería, alzando todos las manos diestras hacia el sol (que se iba en medio del cielo), en señal de juramento precioso, de seguir a Atahualpa donde quiera que llevar les quisiese; y tras esto comenzaron a resonar los instrumentos militares, en tanta muchedumbre que ensordecían las orejas de los que los oían; y con gran contento y aplauso, se comenzaron todos a acaudillar a la manera de reseña, y por sus ayllos y cuadrillas llegaron todos a saludar al nuevo rey, y con esto se acabó aquel día". Tales son las palabras de Cabello Balboa, que escribió la obra hacia 1580, apenas cincuenta años después de los hechos. El mismo cuenta cómo, al día siguiente, "salió el Inca gozando de la vista de sus escuadrones, hasta dejarlos fuera de las llanuras de Chillogallo." Poco después él mismo salió de Quito y marchó a Tomebamba, no sin pasar en viaje punitivo por la isla de Puná. En la ciudad donde naciera su padre Huayna Cápac, es decir en la actual Cuenca, recibió casi simultáneamente dos noticias distintas: la entrada victoriosa de sus generales al Cuzco, luego de derrotar a Huáscar en Quipaipán y hacerlo prisionero, y la aparición de los españoles en las costas de Atacamez y Manabí. Poco más tarde, Atahualpa y Pizarro habían de confluir en Cajamarca, donde se produjo el golpe de mano que puso fin al Tahuantinsuyo, se eclipsó el dominio solar de los Incas y se dio comienzo a la civilización hispánica con que se honra la América del Sur.

La prisión de Atahualpa; el rescate y su reparto; el proceso, sentencia, bautismo y ejecución del desdichado Atahualpa, todo ello ocurrió con vertiginosa rapidez en Cajamarca. López de Gómara, en su "Historia General y Moral de las Indias", escrita hacia 1581, o sea menos de cincuenta años después de éstos acontecimientos, dice que "no hay que reprender a los que le mataron, pues el tiempo y sus pecados los castigaron después, pues todos ellos acabaron mal como lo veréis en el proceso de su historia". El P. Velasco aclara que once de los veinticuatro soldados que integraron el jurado se negaron a autorizar con sus firmas la injusta sentencia, "para perpetuo honor y crédito de la

Nación española". Monseñor González Suárez añade: "Muy común es vituperar con acrimonia a la España por los crímenes que los conquistadores cometieron en América; siendo los escritores extranjeros los que más celosos se manifiestan a este respecto. No obstante, conviene saber que nunca se debe condenar a la nación española en general, por los excesos de la conquista; pues, en cuanto a la muerte de Atahualpa, los escritores españoles de aquel tiempo fueron los primeros que condenaron a Pizarro y a sus cómplices... Las reflexiones que hace el cáustico Oviedo son terribles y manifiestan la indignación con que los mismos españoles miraron los sucesos desgraciados de Cajamarca: españoles fueron los que cometieron los crímenes; pero los españoles fueron los primeros que los condenaron".

¿Sabéis cómo era Atahualpa? He aquí algunos rasgos de su personalidad: "Atahualpa era hombre de treinta años, bien apersonado y bien dispuesto, algo grueso", dice Jerez, secretario de Pizarro, actor y testigo de los hechos que relata, quien prosigue así describiendo al Inca prisionero: "el rostro grande, hermoso y feroz; los ojos encarnizados en sangre; hablaba con mucha gravedad, como gran señor; hacía muy vivos razonamientos, y entendidos por los españoles, conocían ser hombre sabio; era hombre alegre, aunque crudo; hablando con los suyos era muy robusto y no mostraba alegría". Cieza de León dice de él que era: "noble mancebo y muy entendido y avizado, bienquisto de todos los soldados y capitanes viejos de su padre... cruel y vengativo... liberal... de más ánimo y esfuerzo...". Gómara lo presenta "bien dispuesto, sabio, animoso, franco y muy limpio y bien traído". Terminemos con estas palabras de Cabello Balboa la descripción de su carácter: "Mostrábase con los pobres, liberal, y con los ricos, compañero, y con los delincuentes, piadoso, y con los traidores, terrible, y con los leales, grato".

Pizarro, de riguroso luto, asistió a sus funerales y le hizo enterrar en Cajamarca. Pero he aquí que en una de las noches siguientes, cuando nadie menos lo pensaba, el cadáver del Emperador fue exhumado clandestinamente por fieles y llorosos vasallos y trasladado a Quito. "Desenterraron el cuerpo de Atabaliba dos mil indios de guerra —dice Gómara— y lo llevaron a Quito como él mandara. Rumiñahui los re-

cibió en Liribamba muy bien, y con la pompa y ceremonia que a los huesos de tan gran príncipe acostumbran". Zárate agrega que "hizo enterrar el cuerpo con gran solemnidad, según la costumbre de la tierra", y Benzoni, que estuvo aquí entre 1547 y 1550, es decir aproximadamente quince años después de la muerte de Atahualpa, dice: "Lo han sepultado en los alrededores de Quito, al lado de sus antecesores, con gran cantidad de oro y plata, trabajada en forma de hombres y mujeres y aún de diversas variedades de animales y peces. Muchos españoles han atormentado a los indios para que confiesen dónde está sepultado, mas nunca ha habido manera de que lo digan, y nunca lo dirán, ni aún cuando los maten a todos".

¡Tiene, pues, Quito, el honor singular de ser no sólo la cuna sino también el sepulcro de Atahualpa, "Señor Universal" al decir de Córdova y Salinas!

## II

El Capitán Sebastián de Benalcázar, que había tomado parte activa y audaz en la impresionante tarde cajamarquina, y que había recibido cuantiosa parte en el rescate de Atahualpa (9.909 pesos de oro, 2 castellanos de plata y 407 marcos), fue el primero entre los conquistadores españoles que advirtió la importancia de la región andino-ecuatorial. Quizás en sus conversaciones con el propio Inca-Shiri, cautivo en Cajamarca, vislumbró que Quito era no sólo una ciudad ambicionable, sino también una amplia y rica región, con particularidades geográficas diferenciales, integrada políticamente en una unidad distinta del Cuzco, al que había vencido. "Decían que el Quito era tan rico como el Cuzco", apunta Gómara, para explicar el viaje de Benalcázar, que se dio maña para obtener de Pizarro un destino en San Miguel de Piura —por lo que no tuvo participación en los inicuos proceso y ejecución de Atahualpa—. Herrera afirma que Benalcázar era "hombre belicoso y de ánimo levantado, (que) propuso ir la vuelta del Quito, descubriendo, porque también quería gloria de haber conquistado nuevas tierras". No tardó, pues, en lanzarse hacia el Norte, sin el permiso de su jefe.

Hubo, desde luego, también la codicia entre los móviles, aunque en menor escala. “En seguimiento de Orominave, capitán de Atabalipa, que se fue con mucha parte del tesoro suyo, después que lo vido preso; y en demanda de ese oro fue Benalcázar”, hace saber Fernán­dez de Oviedo y Valdez, primer cronista del Nuevo Mundo. Además, como señala Zárate, “tenía noticia que en Quito había gran cantidad de oro, que Atabalipa había dejado”. Tal era ciertamente la voz general, atizada con la noticia de que el cadáver del Inca quiteño había sido robado y trasladado al Quito: recuerda Herrera que los españoles creían “que los tesoros de Caxamalca eran pocos, para los que habían de hallar en el Quito, y esta opinión fundaban en haber estado tanto tiempo en aquellas partes el Inga Guaynacaba con su corte y Ejército, cuyos tesoros quedaron allí; y en la fama que se había levantado de que Atahualpa quería fundar allí otro imperio, como el del Cuzco; el cual, cuando salió a la guerra de su hermano, también dexó su recámara en Quito”. Pero la incesante búsqueda por Benalcázar de gobernación propia y el hecho de que, al contrario de otros, se abstuviera de atesorar, porque cuanto oro alcanzó en sus arduas jornadas lo invirtió al punto en nuevas empresas, principalmente en la fundación de no pocas ciudades que hasta hoy perduran —Quito, Guayaquil, Popayán, Cali— demuestra que en la jerarquía de valores del gran conquistador no predominaba la codicia. Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que, como dice Juan de Castellanos en sus octavas reales, Benalcázar resuelve:

“...ir a la ciudad de Quito  
 cuyas riquezas vende por milagro  
 la veloz fama con soberbio grito”.

¿Qué antecedentes traía este esforzado conquistador? Cerca del castillo de Benalcázar, en las lindes de Extremadura con Andalucía y Castilla, nació Sebastián Moyano, hacia 1480, en una oscura familia de labriegos. Su venida al mundo alborotó la comarca porque su madre dio a luz, del mismo parto, otro varón, Fabián, y una hembra, Anastasia. Un hermano mayor se hizo cargo de los trillizos al fallecer sus progenitores. Era Sebastián adolescente cuando, queriendo sacar de un atascadero el asno que conducía a casa cargado de leña, le mató de un

garrotazo sin quererlo, tomando las de villadiego para evitar el castigo que imaginó le sobrevendría si continuaba en tierras belcazareñas. Quizás pensó encomendarse a la buena suerte que en su pueblo le atribuían, por la especial circunstancia de que, al nacer, "primero sacó piernas que cabello", como cuenta el buen cura poeta. Debó llevar muy apretada vida en su trashumancia a Sevilla, primero, donde le llegó la hombría y vivió Dios sabe cómo, y en su viaje a las Indias, después. Arribó a la isla de Santo Domingo por el año de 1507. Dos más tarde participó en la expedición de Nicuesa al Darién. En 1511 militó a las órdenes de Vasco Núñez de Balboa en la Antigua. Con Pizarro y Almagro, soldados recios como él, descubrió y conquistó Urabá. En 1513 fue también de los descubridores del Océano Pacífico. Encomendero bajo Pedrarias; compadre de Almagro, por apadrinar a su hijo Diego; íntimo amigo de Pizarro, durante una década fue destacándose por su valor, resistencia y disciplina. "Combatió en las primeras colonias en la fila anónima de los soldados ignorados —dice de él Jijón, su biógrafo—; poco a poco en el guerrear sin fin de las guazabaras va emergiendo a la luz, hasta llegar a ser una de las figuras descollantes de la conquista", "ejemplo de esta raza de titanes, con algo del Cid Campeador y mucho del Gran Capitán".

En 1524 parte a la conquista de Nicaragua a órdenes de Hernández de Córdoba; figura, entre los fundadores de Nueva León, como su primer Alcalde; en 1527, Comisionado de Pedrarias, aparece en Honduras, donde es apresado por celos de López Salcedo con su jefe. Remitido a Santo Domingo, recobra la libertad por amistoso empeño del Oidor don Gaspar de Espinosa. De vuelta a León, en 1531 recibe la invitación que Pizarro y Almagro le envían para participar en la conquista del Perú. Realiza al punto todos sus haberes y organiza una expedición compuesta de 30 hombres y 12 caballos, se hace a la mar en un navío pilloteado por Juan Fernández —el futuro descubridor de la isla del Pacífico Sur que lleva su nombre— y arriba a las costas de Manabí, donde se une a Pizarro en su campamento de Portoviejo. Toma parte activa en la dura campaña de la isla Puná y en la inquietante marcha de Tumbes a Cajamarca. En la dramática jornada del 16 de no-

viembre de 1532, que culmina con la prisión de Atahualpa, el Capitán Benalcázar comanda la caballería junto con Hernando de Soto y Hernando Pizarro.

Destinado por Pizarro a custodiar San Miguel de Piura, Benalcázar se lanza desde ella hacia el Norte en busca de gobernación propia, tentando al destino. Casi dos meses demora hasta Tomebamba. Comanda algo más de 200 españoles, de los cuales 120 van a caballo. Un breve encuentro con Chaquitinta, cacique inca enviado por Rumiñahui al territorio palta, deja, tras la fuga de éste, un rico botín tanto más significativo cuanto que caen prisioneros una de las viudas de Huayna Cápac y su corte de mujeres. En Tomebamba los castellanos son recibidos en triunfo, como vengadores contra la tiranía de Atahualpa, que allí había hecho prevalecer su furor. Los cañaris serán desde entonces fieles aliados de Benalcázar en la difícil campaña y le ayudarán a sortear peligros, a descubrir las trampas tendidas por todo el camino, a sortear riesgos, a luchar y vencer a Rumiñahui, que poco antes había pasado por allí, ejercitando venganzas, en su retirada con el cadáver de Atahualpa. Es entonces cuando Chaparra, uno de los caciques cañaris, provee a Benalcázar de un plano del camino imperial que conduce de Tomebamba a Quito y Caranqui, así como de las vías accesorias.

Al salir del territorio cañari, probablemente en la abrupta región de Sibambe-Alausí, tuvo lugar el primer encuentro en serio entre las dos fuerzas, favorable a Benalcázar aunque perdió dos soldados. Cada vida española le era preciosa dado el reducido número de que se componía su fuerza. Rumiñahui se retiró en busca de mejores posiciones. Las halló en Tiocajas, donde tuvo lugar una gran batalla con los ejércitos quiteños, enardecidos por Rumiñahui tras la recepción del cadáver de Atahualpa. "La constancia de los indios era grandísima —refiere Herrera— porque no obstante que veían el campo regado de sangre y cubierto de cuerpos muertos y heridos, y que conocían su perdición, porfiaban en pelear con maravilloso esfuerzo, no les faltando fuerza ni ánimo... "La noche llegó sin que se inclinase el triunfo hacia ninguno de los contendientes". Esta indecisa acción de armas, digna de tanta celebridad como la de Otumba —dice Jijón y en la cual no hubo pro-

piamente vencedores ni vencidos... recordará la historia como prueba de que los aborígenes ecuatorianos supieron defender heroicamente su libertad". 700 vidas indígenas fueron abatidas aquella tarde del lado de Rumiñahui; probablemente fue también alto el número de bajas cañaris; en cuanto a los españoles, cuatro jinetes fueron muertos, así como sus caballos, a más del considerable número de heridos. Pero era la primera vez que los indios mataban a las temidas bestias que montaban sus enemigos, lo que causó en ellos gran alborozo. "Apreciaban más el degollar un animal de aquellos, que tanto los perseguía —cuenta Gómara—, que diez hombres, y siempre ponían después (las cabezas de los animales) donde las viesen los cristianos, con muchas flores y ramos, en señal de victoria".

Las fuerzas de Rumiñahui permanecieron, sin embargo, vigilantes, quizás en espera de un momento propicio para acometer de nuevo. No le quedó a Benalcázar más remedio que encomendar su salvación a la fuga, por un camino secundario que le condujo a Chimbo. Aquí tuvo lugar un nuevo combate que favoreció a los conquistadores blancos, con un botín muy rico en general, aunque escaso de oro. Días más tarde, Benalcázar volvió a buscar el Capacñán, avanzando hacia Riobamba. Junto a la laguna de Colta se inició el nuevo enfrentamiento: los españoles se parapetaron en una loma; Rumiñahui y Zopozopagua les iban atrayendo con maña hacia la llanura y Benalcázar les hacía el juego, pues esperaba maniobrar con su caballería en la planicie, pero allí habían sido preparadas numerosas trampas para los jinetes y la infantería, consistentes en profundos hoyos bien disimulados mediante enramadas, con estacas aguzadas clavadas en su fondo; o en multitud de hoyos pequeños, preparados para que se mancasen los caballos; o en huecos con lazos que atrapaban el cuerpo humano y lo inmovilizaban. Un indio de las huestes de Rumiñahui, afrentado por él con bárbara mutilación, delató el peligro a Benalcázar, quien prefirió entonces eludir el combate y retirarse prudentemente por las cimas. Pero en un golpe de audacia avanzó en seguida a Riobamba y cayó sobre ella, tras prolongado y cruento combate en el que perecieron cinco de sus soldados. Fue menester un segundo encuentro al día siguiente —"porfiada batalla" la denomina Herrera— y ni aún así hubieran ocupado la ciu-

dad con su rico botín de bastimentos (a pesar de haber incendiado Rumiñahui los depósitos), si una sorpresiva erupción del Cotopaxi no fuera interpretada por los indígenas como funesto presagio que les obligó a la retirada. “Reventó este volcán con grandísimo ruido y muertes de muchas gentes —relata Herrera—, por el mucho fuego y piedras que echaba, con mucha espesura de humo y de ceniza, que duró muchos días”. Benalcázar también se angustió ante el terrible fenómeno y envió un cañari, con una cruz, a proponer la paz a Rumiñahui. El inexorable indio rompió la cruz e hizo matar al mensajero.

La figura de Rumiñahui presenta, en nuestra historia, una de las mayores gestas de heroísmo. “Rostro de piedra”, le llamaron los quiteños de Atahualpa, por su energía y determinación en la guerra; “Ojo de piedra”, prefirieron llamarle los cuzqueños de Huáscar, aludiendo despectivamente, a la nube que se le había formado en una de las pupilas, a consecuencia de una herida en combate. Patriota admirable, ni los altos logros ni la feroz barbarie de su civilización fueron suficientes para detener el empuje y la violencia de la cultura que traían los conquistadores blancos. El cronista Herrera no puede dejar de ocultar su admiración ante Rumiñahui porque a los suyos “daba mucho ánimo, persuadiéndoles a la conservación de su propia quietud, representándoles los daños de la patria, de las mujeres, hijos y haciendas, de todo lo cual decía que eran los castellanos grandes disipadores; y sobre todo les encarecía la libertad”. Su ardiente y ejemplar heroísmo, la obstinación indomable de su lucha, le valieron el apelativo de Hatun Apu, “el Gran Señor”, que le dieron sus huéspedes después de la arenga con que se empeñó en superar el fatalista desaliento de sus tropas tras la erupción del Cotopaxi. Esas palabras del valeroso aborigen, defensor del Quito contra la para él incomprensible invasión de los “huiracochas”, merecen grabarse en granito de nuestros Andes, sobre cada una de sus huellas, para ejemplo de las generaciones de todos los tiempos: “Estas cautelas de nuestros enemigos —dijo Rumiñahui— no van encaminadas sino a sacarnos el tesoro, que ellos piensan que está en el Quito, para en apoderándose de ello, hacer lo mismo de nuestras mujeres e hijos, y privarnos absolutamente de la libertad, como la experiencia de Cajamarca lo ha demostrado, a donde no contentos con

esto, en habiendo sacado de Atahualpa lo que tenía, hasta sacrílegamente despojar los templos, le privaron de la vida. Estas cosas nos muestran que por nosotros ha de pasar lo mismo, con tantas afrentas y deshonras que, antes que verlas, no quisiéramos ser nacidos. Y pues que nuestras muertes han de ser a sus manos, padeciendo tan cruel y terrible servidumbre, viendo con nuestros ojos nuestra infamia, cumpliendo sus deseos, obedeciendo sus desatinos y executando como sus esclavos sus tiranías, mejor es que muramos luego por sus manos, con sus armas y debajo de sus caballos, quedándonos a lo menos este contento, de haber (por la defensa de nuestros dioses, de la patria y de la libertad) hecho nuestro deber, como honrados y valientes". Con razón Enrique Garcés, su biógrafo, ha dicho de él que "es la personificación de los símbolos y valores de la Patria. Es la majestuosa ira del civismo en las más puras fuentes de la virtud. Es como nuestros conos andinos, alto para estar en los planos de la altura; alto para darnos la fortalecedora imagen de lo másculo; alto para recibir la caricia de los cóndores; alto para avizorar desde el minarete erguido los peligros que amenazan los fundamentos esenciales de la Patria".

En Ambato hubo otra batalla junto al puente, ganada al fin por los españoles, que hicieron retroceder a Zopozopagua. Los indios se parapetaron en Latacunga primero, pero luego se replegaron a Panzaleo (Machachi), donde hubo nuevo combate, asimismo negativo para las huestes aborígenes, comandadas por Tucomango. "Habiendo llegado el Capitán Sebastián de Benalcázar a Panzaleo —cuenta Herrera—, le dixo un indio "que había tanto oro y plata en Quito, que todos sus caballos no se podrían llevar la veintena parte": con que se alegraron tantos los soldados, que ya les parecía que habían de ser más ricos que los de Caxamalca; y los indios, aunque Benalcázar los había desbaratado, siempre iban haciendo rostro".

Junto a las goteras de Quito hubo un último encuentro: habíanse los indígenas atrincherado tras una quebrada, al mando de Quimbalembó, el cacique de los Chillos, pero tras recio y persistente ataque la sobrepasaron los españoles. Rumiñahui, que había acaudillado toda la activa y obstinada resistencia, sacrificó en Quito a las vírgenes del sol

y a las acilas y ñustas de la familia de Atahualpa que, en número de trescientas, se negaron acompañarle en su retirada, por considerar de su obligación permanecer en los santuarios solares. Uno como vértigo de sangre dominaba por entonces al indoblegable guerrillero, que exterminó en forma implacable a todos aquellos de quienes sospechaba que se resistían a proseguir su lucha sin cuartel. "Ayudado de los pocos que le habían quedado fieles —relata el P. Velasco— sacó todo el inmenso tesoro de Atahualpa, que estaba en su poder; y como no podía transportarlo todo, sepultó la mayor parte con tal artificio y astucia que fue y es hasta el día de hoy el mayor misterio. Sacó de la ciudad cuanto pudo cargar su gente; incendió el palacio, los templos del Sol y la Luna, los almacenes y todo cuanto quiso que no lograsen los cristianos; cortó los conductos de todas las fuentes y arruinó del todo cuanto le fue posible. Viendo, al salir ya de la ciudad, que todavía no llegaban los cristianos, volvió a entrar a ella y le prendió fuego por diversas partes, de modo que se consumió casi toda, porque habiendo huído de temor suyo todas las gentes, no hubo quien apagase las casas ni las defendiese del general incendio, sin que quedasen más que algunas tristes reliquias". Y añade nuestro protohistoriador este comentario: "Con sólo haber sepultado en parte, y en parte extraído los tesoros que a él de nada le servían, ejecutó aquel monstruo capaz de santificar a todos los Neronés, la mayor venganza que pudo hacer de los españoles, y dio al mismo tiempo el mayor castigo que pudo dar a los indios que lo habían abandonado. Estos padecieron después mil tormentos y vejaciones. . . , porque descubriesen lo que no sabían dónde estaba; y aquellos padecieron tormento mucho mayor, no hallando el único fin a que habían ido a costa de mil trabajos".

La entrada de Benalcázar a Quito ocurrió hacia el mes de junio de 1534, coincidiendo según algunas fuentes con la fiesta de Pentecostés. Había durado su marcha cerca de cuatro meses de incesante guerrar, en los que había librado diez grandes combates e innumerables escaramuzas, perdiendo casi 20 españoles, o sea el 10 por ciento de sus fuerzas, y gran número de cañaris que llevaron siempre la peor parte en los combates, rubricando con la muerte aquella extraña alianza. Pero el botín de la gran ciudad de Atahualpa resultó insignificante:

“entendióse luego, en buscar con diligencia, el tesoro, y ninguno se halló —refiere Herrera—: fue grande la tristeza y melancolía de los soldados, por hallar vana su esperanza después de tantos y tan grandes trabajos”. “La ciudad fue el único fruto de sus victorias —anota Prescott—, es decir, la concha sin la perla”. Rumiñahui, en su retirada, trasmontó el Pichincha, yéndose a ocultar en las montañas occidentales, en la llamada “tierra de los Yumbos”, a donde le persiguieron sin resultados dos escuadrones, primero el comandado por el Capitán Francisco Pacheco, y después el de Ruy Díaz.

Una semana más tarde, cuando nadie menos lo pensaba, el incansable caudillo hizo sentir otra vez su presencia en Quito, asaltándola por la noche y poniendo en aprietos a los españoles. Había organizado un nuevo ataque frontal, poniéndose de acuerdo con Tucomango, el cacique de Latacunga, Quimbalembó, el de los Chillos y Cozopanga, uno de los principales de Quito. Nuevamente se levantaron las hogueras de los incendios y se escucharon los gritos de guerra de los indígenas, el piafar de los caballos y la estremecida invocación a Santiago de los soldados de Benalcázar. Al clarear la mañana, cuando ya pudo volver a operar la caballería, paralizada durante la noche, se impuso al fin la decisión de los españoles y el ataque indígena fue rechazado. Rumiñahui, entonces, se retiró a la región de Uyumbicho, estableciendo su cuartel general, como dice Velasco, en “las altísimas y escarpadas rocas de un monte nevado, pocas leguas distante de la capital, que por él se llamó después y se llama todavía el monte Rumiñahui. En sus altas oquedades y senos vivió algún tiempo...”. Benalcázar mandó asaltarle en su refugio y logró hacerle huir, como refiere Herrera, “quedando todo cuanto tenía de vasos de oro y plata y joyas, ropa y mujeres hermosas”. Pero tampoco en esta vez fue hallado el tesoro de Atahualpa.

Los siete días siguientes fueron de enfrentamiento permanente, pero ya no eran los españoles los que se hallaban a la defensiva sino los indios de los pueblos circunvecinos, sometidos a audaces ataques punitivos de los españoles, con frecuencia seguidos de botín en oro y plata, aunque nunca en la proporción esperada. Solamente El Quinche y Ca-

ranqui, tomados en nuevos combates, tras una resistencia ya desorganizada y débil, consolaron en algo, con sus tesoros, la codicia de los conquistadores. En Cayambe, en cambio, no encontraron tesoro alguno.

A finales de julio recibió Benalcázar la doble noticia de la venida de Almagro, desde el sur, a tomarle cuentas en nombre de Pizarro, y de Alvarado, desde Guatemala, a disputar a todos la conquista, por lo que regresó precipitadamente a Riobamba, llegando a comienzos de agosto. Almagro había avanzado también hasta Quito, donde sostuvo algunas escaramuzas, por ejemplo la conquista del "palenque de Píntag", un pucará junto al pueblo de este nombre, para alegar actos de autoridad por si fuera menester en la discusión con Benalcázar, con quien sin duda se cruzó en el camino. Volvió, pues, asimismo, a Riobamba el representante de Pizarro, pero no hubo lugar a polémica mayor con Benalcázar, su compadre, que se sujetó sin más, uno y otro urgidos del sentimiento de unidad para enfrentár el peligro de Alvarado.

### III

Apenas habían logrado el Mariscal Diego de Almagro y el Capitán Sebastián de Benalcázar solucionar sus discrepancias cuando se produjo en la zona de Riobamba un levantamiento aborigen, al mando del cacique Chamba que fue rigurosamente sofocado por los contingentes españoles. Sumaban éstos, para entonces, aproximadamente, trescientos hombres. Tres de ellos y casi un centenar de cañaris perecieron en la lucha, pero los demás hicieron espantable carnicería contra los sublevados, cuyo cacique fue apresado al caer el pueblo de Chambo en manos de Almagro.

El 15 de agosto de 1534, "en el pueblo de Riobamba", el Mariscal hizo la precipitada fundación de la Ciudad de Santiago de Quito para presentar a Alvarado, como un hecho jurídico irrefutable, la primacía en la posesión de este territorio. Se dejó constancia de que Almagro "en nombre de Su Majestad ha conquistado y pacificado estas provincias de Quito y ha placido a Nuestro Señor que los más señores y principales indios della estén como están pacíficos y debajo del yugo y

obediencia de Su Majestad". Fueron nombrados Alcaldes y Regidores varios subordinados de la entera confianza de Almagro, a quienes se tomó juramento, poniendo como testigo a Sebastián de Benalcázar. El 17 se nombraron Procurador y Mayordomo de la ciudad y el 20 se inscribieron como vecinos 6 castellanos.

Poco después comenzó el enfrentamiento con Alvarado, en el que estuvieron los españoles a punto de irse a las manos. Prevalció al fin la cordura, hubo un entendimiento y Almagro compró a aquél sus derechos y navíos en cien mil pesos de oro. Los hombres de Alvarado quedaron en libertad de acogerse a las banderas de Almagro y Benalcázar: la mayor parte de ellos lo hizo así. Reunidos los tres contingentes sumaban casi 800 hombres, el mayor ejército castellano hasta entonces visto en Sudamérica. Antes de marchar juntos Almagro y Alvarado a dar cuenta a Pizarro del avenimiento, el 28 de agosto de 1534 don Diego hizo "en la ciudad de Santiago", es decir en Riobamba, la fundación de "la villa de San Francisco de Quito", autorizando su traslado "al sitio o asiento donde está el pueblo que en lengua de indios ahora se llama Quito". Fueron nombrados alcaldes Juan de Ampudia y Diego de Tapia y como regidores Pedro de Puellas, Juan de Padilla, Rodrigo Núñez, Pedro de Añasco, Alfonso Hernández, Diego Martín de Utrera, Juan de Espinosa y Melchor Valdez. Estos dos últimos y algunos de los vecinos de Santiago de Quito acompañaron poco después a Almagro en su marcha al sur.

Benalcázar inició también, en seguida, su retorno hacia el norte, pero demoró tres meses en llegar a Quito por la resistencia que Rumiñahui volvió a ofrecerle. En Riobamba quedaron sólo los enfermos. Benalcázar avanzaba acompañado de numerosos puruhaes al mando de Chamba, que desaparecieron un día junto con su cacique. Juan de Ampudia, enviado a perseguirles, llegó a Riobamba a tiempo de impedir la masacre de la pequeña guarnición: los indios fueron vencidos, acusados de traición y su jefe Chamba, prisionero, fue quemado vivo al punto. Ampudia, que tenía ya en su haber un rastro de sangre, era un elemento valioso, eficaz, excelente y disciplinado soldado, pero estaba acometido por una persistente fiebre de crueldad contra los indígenas,

era inescrupuloso, arbitrario y abusivo. Poco antes había también exterminado a Chaperera, cacique cañari y, en adelante, seguirá su carrera de crueldad, torturará, flagelará, matará con sus propias manos, hará quemar vivos a numerosos caciques y guerrilleros indios, como Luyes, Cozopanga, Zopozopangui, Quimbalembó. Benalcázar ha cargado con buena parte de esa responsabilidad porque no supo limitar a tiempo los desmanes de su subordinado. Son terribles las palabras de Fray Marcos de Niza, del P. Juan de Velasco y de Monseñor González Suárez contra Ampudia. Todos reconocen su capacidad, sus méritos, pues los tuvo y no despreciables, pero no pueden silenciar su sevicia, su infatigable mano dura, sus abusos de poder, la utilización extrema de la fuerza que tenía en sus manos, hasta su desastrado fin.

Rumiñahui se había fortalecido en "el peñol de Pillaro". Mientras Benalcázar va a hacerle frente, Ampudia y Tapia cumplen la orden de avanzar a Quito, a donde llegan el 4 de octubre de 1534. El cura poeta Juan de Castellanos nos hace saber la llegada de esa avanzadilla, pues dice que

"...a Quito dirigieron su carrera  
y comenzaron a fundar aprisco  
el día del seráfico Francisco..."

Esa es, pues, una de las causas de que la ciudad haya mantenido su nombre de San Francisco de Quito, sin perjuicio del homenaje a Pizarro dispuesto por Almagro en Riobamba.

La lucha en Pillaro fue dura y sangrienta. El mismo Benalcázar debió dar ejemplo, combatiendo denodadamente hasta alcanzar la victoria. Los indios, derrotados, huyeron, unos hacia Quijos, por los Llanganatis; los otros siguieron a Rumiñahui, herido en una pierna, que debió replegarse a la fortaleza de Sigchos, al otro lado del callejón interandino, en la cordillera occidental, desde donde Zopozopagua llevaba adelante una guerra de guerrillas contra los conquistadores blancos.

Figura también admirable, ésta de Zopozopagua, "capitán y gobernador del Quito", como lo atestigua Herrera en sus "Décadas". Era

hijo de un inca de la familia de Huayna Cápac y de una noble princesa quiteña. Se crió junto con Atahualpa, su pariente por ambos lados, en el Palacio Real de Quito, y llegó a ser uno de sus hombres de confianza y uno de sus más valerosos capitanes en la guerra contra Huáscar. Implacable y feroz en la lucha, no daba ni pedía cuartel. Gallardo de cuerpo y de nobles y varoniles facciones, su nombre quichua era Súmac Yupanqui, que significa "el que vale por hermoso", pero los cuzqueños, por su crueldad como vencedor en la guerra de Atahualpa y Huáscar, le trocaron el apelativo en Supay Huacanqui, es decir "el que se destaca por diablo". La feroz disciplina que impuso a los suyos para la resistencia contra los conquistadores españoles le valió el mote de "supay-supay", algo así como "diablo endemoniado", de donde los castellanos fonetizaron el nombre de Zopozopagua con que generalmente se le conoce. Llor recuerda que había matado personalmente a cinco blancos y herido a catorce, lo cual, dada la época y el terror pánico que los españoles infundían, era singular hazaña. Desde Sigchos organizaba salidas para emboscar a los conquistadores. Su pucará era inaccesible farallón que Alvarado no había logrado tomar, pese a sus intentos, al ascender desde la costa al callejón interandino, como lo recuerda Gómara. Tampoco Benalcázar logró tomarlo en los primeros intentos, pero no cejó en el empeño de dominar ese formidable bastión de la resistencia aborígen. Fue necesario escalar un lienzo de la montaña, vertical y difícil, aprovechando la oscuridad de la noche. Florencio Servano y Gómez Fernández fueron los valientes castellanos que lograron trepar por aquel sitio, desguarnecido precisamente por su fragorosa topografía, para, ya en la altura, asegurar los cordeles y escalas con que habían subido y arrojaron a sus demás compañeros para que asciendan. Realizada esta proeza, los españoles cayeron de sorpresa sobre el campamento de Zopozopagua y pusieron en desbandada a los indios. "El diablo" alcanzó a huir, no sin enfrentar con indómito furor a sus atacantes, haciendo honor a su apelativo. Rumiñahui, malherido como estaba, apenas si alcanzó a dejarse caer por entre unas rocas y buscar refugio en la oscuridad.

Tras esta victoria, que prácticamente puso fin a la resistencia, Benalcázar avanzó a Quito, no sin antes vencer a Quimbalemba, cacique

de los Chillos, en un encuentro sostenido entre Uyumbicho y Amaguaña. El 5 de diciembre llegó el capitán de las huestes españolas a Tomebamba, por el camino de la cumbre de Puengasí, y pasó la noche probablemente en el tambo-pucará de San Bartolo. Al día siguiente entró a Quito, donde le esperaba la avanzadilla que había llegado dos meses antes, y realizó la ceremonia de fundación efectiva de la ciudad.

“Salió de allí el Capitán Benalcázar —dice la “Relación Anónima de los encuentros que tuvieron Benalcázar, Alvarado, Almagro y Pizarro”, e viniendo caminando el campo llegó a Quito donde agora es el asiento de la Ciudad, e hallóse allí una fuerza grande de las cavas hechas a mano de los naturales para defensa de los Indios de guerra, e así por esto como por haber muchos tambos e casas, en las cuales había mucha comida de todo género, e mucho ganado de ovejas de la tierra, e mucha ropa e muchas pallas e indias ofrescidas al Sol... (resolvió) poblar allí, e así se pobló, año de 1534...”. “Está asentada —dice Cieza de León, de la ciudad— en unos antiguos aposentos que los ingas habían, en el tiempo de su señoría, mandado hacer en aquella parte, y habíalos ilustrado y acrecentado Guaynacapa y el gran Topainga, su padre. A estos aposentos tan reales y principales llamaban los naturales Quito, por donde la ciudad tomó denominación y nombre del mismo que tenían los antiguos”. “Está en unos aposentos reales de los Incas —expresa por su parte el cronista Herrera—, el intento que tuvo Sebastián de Benalcázar fue ponerla en sitio fuerte, para poderse defender de los indios...”. Toribio de Ortiguera, luego de hacer una hermosa descripción de la ciudad, dice en 1571, que “fundóse en esta parte de tanta estrechura por causa de ser el sitio fuerte y bueno para poderse defender los pocos españoles que la poblaron, de la multitud de indios que había en ella”. Así lo confirma el Arcediano Rodríguez de Aguayo en 1573: “Tiene algunas cavas, que allí dicen quebradas, a los arrabales y en la ciudad, las cuales se pasan por puentes. Tuvieron los Ingas que poblaron este sitio por fortaleza dichas quebradas, y así los españoles, cuando conquistaron aquella provincia, poblaron en el dicho sitio y se aprovecharon de las casas y edificios que hallaron en los dichos indios”. Y la “Relación Anónima”, del mismo año de 1573: “El asiento se llamaba antiguamente Quito y la ciudad se llama Sant Francisco

desde su fundación...". "El intento que tuvieron los fundadores de la dicha ciudad fue ponella en parte fuerte donde se pudiesen defender de los naturales...". El carmelita Antonio Vásquez de Espinosa, que estuvo en Quito hacia 1614, dice en su "Compendio y descripción de las Indias Occidentales": "La ciudad de San Francisco del Quito..., donde nació el Rey Atagualpa, hijo de Guaynacapa... fundóla el Adelantado don Sebastián de Benalcázar, año de 1534, en medio de la cordillera en tierra de sabana en las faldas de la Sierra de Pechincha; donde el emperador de aquellos reinos Topa Inga había labrado unos famosos alcázares y ciudad a imitación de su corte (la del Cuzco) que después su hijo Guayna Cápac ilustró y ennobleció con suntuosos edificios para su hijo Atagualpa, que le dejó con aquel Reyno...". Jorge Juan y Antonio de Ulloa, ya en el siglo XVIII, expresan: "La causa que se ofrece para haber puesto su fundación en un terreno tan desigual, y malo, pudiéndole haber hecho con más hermosura y comodidad en cualquiera de los dos llanos, o Ejidos, es el de haber querido conservar la población antigua de los indios, quienes propensos a escoger las quebradas para ellas, habían puesto la de Quito en el paraje que ocupa".

A "seis días del mes de diciembre, año del nacimiento de nuestro Salvador Jesucristo de mille e quinientos e treinta e cuatro años", según dice el acta de instalación del Cabildo, "el muy noble señor Sebastián de Benalcázar", por medio del escribano Gonzalo Díaz, mandó notificar a los alcaldes y regidores designados el 28 de agosto en Santiago de Quito, es decir en Riobamba, que tomasen posesión de sus cargos, y ordenó pregonar que todos los españoles que quisiesen residir en San Francisco de Quito asentasen sus nombres como vecinos en el Acta que se suscribió. Diego de Tapia y Juan de Ampudia, como Alcaldes, y como Regidores Alonso Fernández, Juan de Padilla, Rodrigo Núñez, Diego Martín de Utrera y Pedro de Añasco, en acatamiento a lo mandado, integraron por primera vez el Cabildo de la Villa y, acto continuo, ellos y sus compañeros, en total 205 personas con Benalcázar, esto es los primeros vecinos y fundadores de la ciudad, se hicieron inscribir en el acta que dio vida real a San Francisco de Quito. Sus nombres constan ahora grabados en los muros de la Catedral, de cara a la Plaza Mayor.

Catorce días después, el 20 de diciembre, se hizo la traza de la villa y fueron designados sendos solares a todos los vecinos.

Los defensores aborígenes de Quito, o perecieron en la ruda lucha, o fueron ejecutados una vez cautivos, o terminaron por someterse. Benalcázar no había permanecido tranquilo en la nueva ciudad porque sospechaba que Rumiñahui, Zopozopagua y Quimbalemba intentarían tarde o temprano darle alguna nueva sorpresa. Por este motivo apercibió a todos los suyos que, en sus salidas a los pueblos de la comarca inquirieran cuantos datos pudiesen para saber el paradero de esos caudillos, ya que juzgaba que tomados todos ellos se acabaría sin duda la guerra. Por tal motivo, no había español que no pusiese el máximo interés en el empeño. Un día llegó la noticia de que se había visto a Rumiñahui en la misma región de Panzaleo y Uyumbicho donde había sido ya buscado en la primera entrada de los españoles a Quito. Según unos, "los naturales decían que el dicho Luminabi quería salir de paz porque le traían acosado los españoles"; según otros, quería volver "a juntarse con el dicho Zopozopagua que estaba en la dicha provincia de Sicho escondido", "con gran copia de gente", "para de allí hacer más cruda guerra". Organizó, pues, Benalcázar una batida y al llegar a la zona de Machachi se dividieron en varios grupos para explorarla.

Uno de ellos, compuesto por el jinete Alonso del Valle y por los infantes Miguel de la Chica, Juan Enríquez, Juan del Salto y otro, cinco en total, lograron averiguar que "Orominabi iba atravesando unas sierras nevadas que están sobre la población que se dice Panzaleo"; siguieron la pista internándose hacia la Cordillera Occidental, trasmon-tándola entre el Atacazo y el Ninahuilca, y "por una atraviesa que iba a una laguna, junto a un pequeño montecillo", encontraron a un indio "arrimado a un árbol". Era la laguna de Atacazo. Rumiñahui, no sabemos si de venida de la zona de Sigchos, o de retorno a ella, reposaba un instante. Todos lo habían abandonado. Miguel de la Chica, "reco-nociéndole por las señas que de él traía", aunque dudoso de que fuera Rumiñahui por verle tan solo, arremetió contra él, en unión de Juan del Salto, con sus espadas y rodelas; el valeroso indio se defendió con entereza, a pesar de su cojera; "después de haber forcejado con él muy

gran rato”, “el señor no se les quería rendir”, por lo que llamaron a gritos a del Valle, que apareció en su caballo con los otros miembros de la partida. Rumiñahui acabó por caer dominado por los cinco españoles, preso y atado. Al ver el arribo de la partida, con el gran caudillo detenido, hubo gran alegría en los españoles. Benalcázar permitió que Ampudia le diera tormento, sin que brotasen de los labios del formidable defensor de Quito ni una palabra ni una queja. Al fin terminaron por matarle, a saetazos, versión aborigen del martirio de San Sebastián.

Otro día llegó a oídos de Juan de Ampudia la noticia concreta de que Zopozopagua se había hecho fuerte en un nuevo peñol de su abrupta región de Sigchos, con todos sus parientes, pero que cada día eran menos los que le obedecían. Organizó entonces el impaciente jerezano una expedición para prenderle. Avistado en su refugio, Ampudia invitó al temible cacique a someterse, diciéndole “que se acomodase al tiempo y fuese amigo de los castellanos, sin dar lugar a que se usase con él de rigor”, según lo refiere Herrera. Respondió el indio que él así lo deseaba, “pero que temía su crueldad y la poca palabra que mantenía”. Ampudia le hizo decir “que le prometía que no sería así sino que se le cumpliría lealmente lo que se le prometiese”. El valiente cacique demoró la respuesta definitiva porque se hallaba sumido en un mar de cavilaciones; temía las torturas a que adivinaba le someterían los castellanos, como a tantos otros, para descubrir el lugar donde Rumiñahui había ocultado el tesoro de Atahualpa y temía no poder mantener la resistencia porque hasta sus parientes le iban abandonando para sujetarse a los blancos. En esta indecisión se hallaba cuando Ampudia resolvió atacar. De nada valió que Zopozopagua saliese sin armas, a entregarse voluntariamente: le apresaron al punto y le condujeron a Quito. Quimbalembó y otros adalides se entregaron también, durante la marcha a Quito, al ver preso al último de sus grandes caudillos. Antes de llegar a la ciudad, Ampudia acabó con todos ellos, no sin antes darles tormento. González Suárez refiere que Zopozopagua murió atenaceado.

En el acta del cabildo quiteño de 25 de junio de 1535 queda clara constancia de que “se prendieron los principales señores destas provin-

cias que se presumía y tenía por cierto que sabían del oro, plata que se decía en ellas había, qué son Orominavi, Zopozopagua y Quingalumba y Razorazo y Sina y otros sus aliados y amigos, con los cuales se hicieron todas las diligencias posibles y se trabajó mucho con ellos en los velar y guardar, como en ir con ellos a muchas partes que ellos decían, no embargante lo cual no quisieron ellos decir cosa ninguna, por razón de lo cual y de los delitos que cometieron se ha hecho justicia de ellos, por manera que al presente ninguno hay". "¡Sus heroísmos serán ejemplo de las generaciones venideras!", dice con acierto el doctor Wilfrido Llor.

De los fundadores, no todos permanecieron en Quito, pero algunos sí se afincaron para siempre en ella, como los capitanes Diego de Sandoval y Francisco de Londoño, antecesores de los Lasso de la Vega, cuyos descendientes viven hasta ahora en la ciudad: una de sus ramas conserva, hasta el presente, los mismos solares que aquellos recibieron cuando la fundación de Quito; otros volvieron, tras varias peripecias, como el Capitán Juan de Ampudia, el eficaz pero cruel conquistador, cuya semilla asimismo permanece, habiendo sido suyo el solar donde se levantó la Casa del Toro, frente a la de Sebastián de Benalcázar; alguno, como Juan de Padilla, pasó luego a establecerse en Caranqui, donde había recibido una encomienda, y dejó su estirpe en Imbabura; y la descendencia de otro, como Gil Rengifo, que se casó con una nieta de Huayna Cápac, volvió, años después, a establecerse en Cuenca. De algunos mantienen el recuerdo, hasta hoy, sus familiares, que han conservado la tradición; de otros, se ha perdido traza y huella.

Benalcázar dejó también su progenie en Quito y, de sus hijos, Miguel acaudilló una de las primeras conspiraciones autonomistas, por lo que es remoto precursor de nuestra independencia. Cuenta el cronista Herrera que don Sebastián era "hombre leal al Rey", "belicoso y de ánimo levantado... quería gloria de haber conquistado nuevas tierras", "diestro y cuidadoso", "prudente capitán y valiente soldado", "hombre de ingenio, que en habiendo ocasión de trabajar no sabía tener quietud", "no sabía reposar", era de "extrema diligencia y valor", "pronto

y resolutivo en todo y que con mucha industria advertía y tenía a los soldados en fe y constancia y obediencia”.

El había sido, del lado castellano, el gran héroe de aquella campaña que culminó el 6 de diciembre de 1534. Religión, lengua, cultura y destino comenzaron entonces su marcha infatigable. Es así como Quito, la ciudad de Pacha, el primer hombre, allá en la noche del Paleolítico; de Quitumbe, el primer fundador, en la alborada del Período Formativo de la agricultura y la cerámica de Quito, el defensor contra los Caras; de Cacha, Nazacota Puento y Píntag, los defensores contra los Incas; de Túpac Yupanqui, el segundo fundador; la misma ciudad de Huayna Cápac y Atahualpa, en el esplendor del Incario; de Zopozopagua, Rumiñahui, Quimbalumba, Razo-Razo y Nina, los defensores frente a la conquista española, inició Benalcázar, el centauro extremeño-andaluz, su trascendente historia de ciudad indo-española, cristiana y castiza.

**Bel alcázar**, ciertamente, nuestra urbe, por la hermosura de su paisaje; **ben alcázar**, también, por su vocación ejemplar de fe, libertad y justicia. Quito, hija leal, hace honor al nombre de su definitivo fundador.

Si hoy rememoramos pretéritas acciones, ello no es para deleitarnos en la estática contemplación del pasado, sino para afinicar más nuestras raíces nacionales indo-hispánicas y poder lanzarnos con vigor, ilusión y empeño a la conquista del futuro.

## CARTILLAS DE DIVULGACION

### SECCION DE HISTORIA Y GEOGRAFIA CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA

- 1 **Aquiles Pérez:** Las Culturas Aborígenes en la República del Ecuador
- 2 **Francisco Terán:** Nuestras lagunas andinas; Historia y Geografía
- 3 **Emilio Uzcátegui:** Desarrollo de la educación en el Ecuador
- 4 **Gustavo Vásquez H.:** Cartas de Bolívar al General Juan José Flores  
Historia y Antihistoria
- 5 **Luis Andrade Reimers:** Materiales históricos para el Pacto Andino
- 6 **César Vicente Velásquez:** El reverso de la guerra entre Quito y el Cuzco
- 7 **Eduardo Martínez:** Intervención del Gobierno de Alfaro en la guerra de los Mil Días
- 8 **Plutarco Naranjo:** Semblanza de Montalvo
- 9 **Marco A. Bustamante:** Ecuador país tropoandino
- 10 **César Vicente Velásquez:** El enigma histórico de Cajamarca
- 11 **Emilio Uzcátegui:** Reflexiones sobre nuestras grandes efemérides
- 12 **Aquiles Pérez:** Rumiñahui
- 13 **Luis Andrade Reimers:** La cada vez más increíble historia de Atahualpa
- 14 **Marco A. Bustamante:** La línea equinoccial en el territorio de la República del Ecuador
- 15 **Francisco Sampedro V.:** Las Cuevas de los Tayos
- 16 **Luis Andrade Reimers:** Las esmeraldas de Esmeraldas en el siglo XVI
- 17 **Eduardo N. Martínez:** Entrevistas presidenciales Ecuador-Colombia
- 18 **Aquiles R. Pérez:** La minúscula nación de Nasacota Puento, resiste la invasión de la gigantesca de Huayna Cápac
- 19 **Francisco Sampedro V.:** El problema geográfico geomorfológico del Cenepa
- 20 **Ricardo Alvarez:** Bolívar y Manuelita Sáenz; aspectos biográficos, episodios románticos y anécdotas
- 21 **Emilio Uzcátegui:** Es gloria de Quito el descubrimiento del Amazonas
- 22 **César Vicente Velásquez:** Proyección Continental de la Revolución de Agosto
- 23 **Aquiles R. Pérez T.:** Los Duchisela
- 24 **Ing. Vicente Enrique Avila:** Los sensores remotos para la cartografía
- 25 **Luis Andrade Reimers:** Lo que Sucre hizo por el Ecuador
- 26 **27—Franklin Barriga López:** Temas de Historia
- 28 **Myr. Ing., Francisco Sampedro V.:** Los Sensores Remotos en el Ecuador
- 29 **Emilio Uzcátegui:** Eloy Alfaro, El Revolucionario Constructor
- 30 **Francisco Sampedro V.:** La Cordillera del Cóndor
- 31 **Emilio Uzcátegui:** La Primera y la Última de Nuestras Constituciones
- 32 **César Vicente Velásquez:** Se llamaba José Joaquín de Olmedo
- 33 **Prof. Aquiles R. Pérez T.:** Síntesis Histórica del Servicio Meteorológico de la República del Ecuador
- 34 **Francisco Terán:** Visión Histórica Geográfica del Nudo de Mojanda.

- 35 **Vicente Enrique Avila:** Programa de los Sensores Remotos de Aplicación en las ciudades de Quito, Guayaquil y otras
- 36 **Eduardo N. Martínez (NALO):** La Batalla de Cuaspud.
- 37 **Francisco Terán:** Una Microgeografía del Ecuador
- 38 **César Vicente Velásquez:** El Proceso por la Revolución de Agosto.
- 39 **Emilio Uzcátegui:** Bolívar y la Educación.
- 40 **Luis Andrade Reimers:** Al cumplirse 450 años de la muerte de Atahualpa
- 41 **Aquiles R. Pérez T.:** La Riqueza del Lugar Natal
- 42 **Luis Andrade Reimers:** Simón Rodríguez y sus Dos Siembras
- 43 **Prof. Aquiles R. Pérez T.:** Significado de lugares Geográficos y de poblaciones importantes para turistas nacionales y extranjeros.
- 44 **Emilio Uzcátegui:** Ocho Instancias en la lucha por la liberación del Ecuador.
- 45 **Prof. Aquiles R. Pérez T.:** Los Cayambis Mitimaes
- 46 **Luis Andrade Reimers:** Atahualpa
- 47 **Luis Andrade Reimers:** Doce preguntas sobre mi libro de Atahualpa.
- 48 **Emilio Uzcátegui:** La Visión Nacional en los Fundadores del Socialismo en el Ecuador.
- 49 **César Vicente Velásquez:** Honorato Vásquez ante la historia